

**Maite Gaminde**

***El llanto del palacio de Linares***

Debo abandonar el Palacio, no tengo alternativa. Me gusta todo de él; especialmente las elegantes escaleras, blancas, de mármol. Todas las noches bajo descalza sin sentir el frío. Lo que me hiela el corazón y me deja sin aliento es cuando te llamo y tú no me respondes. Día tras día, noche tras noche recorro todas las plantas en tu búsqueda, te llamo para jugar, me escondo, tú me tienes que encontrar, yo correr lejos hasta que me alcances, como siempre. Pero tú no acudes.

—¡Mamá!

Te reclamo mientras me agacho tras la mesita del salón chino, me escondo entre las sillas del comedor de invitados, en el salón de retratos, tú y papá los más guapos, para darte un susto cuando abras la puerta. Otras veces, en el salón de baile preparo la postura de plié; si vienes y me encuentras, admirarás la perfección de mi pose. Me oculto incluso en el reclinatorio de la capilla donde espero que me sorprendas, aunque sí, lo sé, no es sitio para jugar.

Y, sobre todo, te espero en mi escondite favorito: tu dormitorio. Detrás de las cortinas paso horas contemplando la Plaza de Cibeles desde la ventana. Repaso cada detalle de cuando juntas la mirábamos y me contabas que no siempre se había llamado así, antes había sido de Madrid y de Castelar; y la fuente, ahora en el centro, no siempre ocupó este lugar. Veo a la diosa de piedra sentada en su carroza, ensimismada en la lontananza como si también te esperara.

Supe también cómo de esa fuente, hacía no muchos años, bebía toda la ciudad, agua de un pantano llamado Lozoya, brotando como regalo abundante y sin descanso por sus dos caños para todos los madrileños. Me contabas divertida cómo los guardias, con pitidos estridentes ponían orden: de uno de los chorros, los aguadores llenaban grandes tinajas, las cargaban en sus carros y se apresuraban a repartirla por las casas; del segundo, los transeúntes que se detenían a beber, refrescarse y discutir con los aguadores, hombres bruscos y pendencieros, siempre dando voces y empujones para ser los primeros, sin mostrar miramientos con nadie, ni ellos ni sus animales que dejaban el suelo lleno de boñigas.

Tú convertías la historia en un juego emocionante y aprovechabas cualquier ocasión para abrir mis ojos al mundo. Yo escuchaba tu cálida voz, envuelta en un perfume fresco y la dulzura de tus ojos con admiración. Y sólo por estar atenta recibía una lluvia de besos al final de aquellos cuentos, o historias como las llamabas tú. Me divertía cuando en ocasiones, sin previo aviso, la narración se veía interrumpida, no podías aguantar una cara tan bonita, decías. Mil caricias y vuelta.

Repasando lo aprendido, con todos estos recuerdos y el bullicio de las calles me entretengo viendo pasar el tiempo a través de nuestra ventana.

—¡Mamá!

Grito con todas mis fuerzas y el eco retumba en todo el palacio. He bajado incluso al sótano donde la gran cocina, tan desangelada, con las ventanas a ras de suelo, sólo me deja ver las piernas de los que pasan y escuchar el repiqueteo de sus zapatos contra la acera. No me gusta. Tú nunca bajabas ahí. Pero aún así, lo he intentado. También te busco en las despensas y cuartos de los criados. Todo es intimidante: las maderas crujen coreadas por un ritmo tétrico de goteo de grifos. Escapo lo más rápido posible en busca de seguridad, corro sin aliento hasta el último piso esperando tu consuelo, pero no estás.

Tú y yo inventamos el reto: escapar del fuego lanzado por enormes dragones y horripilantes monstruos, pero sin ti un miedo paralizante amenaza con seguirme y

alcanzarme por mucho que corra. Me refugio, poco a poco me recupero de este desasosiego, no entiendo tu ausencia. Mi escapada del sótano te parecería bien, me has enseñado cómo enfrentarme al miedo en la vida y en la fantasía, cuando imaginados piratas pretendían abordar nuestro barco, construido en la alfombra del salón rodeada de sillas como muralla inabordable, les hacíamos frente con el cuerpo erguido, con un pie adelantado al otro, giradas de perfil, en alto nuestras espadas fantásticas ganadoras de todas las batallas, celebradas entre gritos, saltos y aplausos.

Viajamos por muchos países, conocimos exóticos animales de selvas frondosas o mares cálidos, arribamos a costas habitadas por seres humanos de distintas razas y culturas. Todo un mundo de ilusión al que nos trasladaban aquellos libros ilustrados de la biblioteca elegidos según la lección, decías. Por el contrario, ante peligros reales, analizabas conmigo los riesgos cuidadosamente antes de actuar, para no caer ni tropezar, con mucho tino, movimientos lentos, sujeción segura. Paso a paso, “los errores se pagan muy caros en esta vida”, decías a menudo.

Me encantaba aprender aunque para mí lo mejor eras tú, me enseñabas con los ojos, las manos, perfume envolvente. Valoro esas enseñanzas. Quiero más. Solo si tú estás, yo recibo.

—¡Mamá!

Las lágrimas corren por mis mejillas sin que pueda evitarlo.

No es que me aburra. Siempre recuerdo si te decía “me aburro”, tú preguntabas “¿eres un burro?” y, ante mi mirada perpleja, repetías: “A burro, uno no puede aburrirse, siempre hay cosas interesantes esperando”. Eso hago. Bailo, con la música a todo volumen como me gusta. Leo, la biblioteca es inagotable, algunos libros no los entiendo, me cansa tantas páginas y tanta letra pero miro sus grabados.

También hago travesuras. A menudo me pongo tus tacones, te sorprendería, no me caigo y consigo caminar muy derecha con ellos pero sé que te enfadaría ver esparcidos y revueltos por el suelo tus preciados zapatos.

He revisado todos tus cajones, donde, extrañamente, no hay nada interesante para mí. ¡Una decepción! Aunque encontré aquel cuento, el que me leíste en el salón azul, con voz fría como la nieve.

“Un hijo de un marqués y una cigarrera del barrio de Lavapiés se enamoraron y decidieron casarse a pesar de su diferencia de clase, dispuestos a mostrar su amor y asumir las graves consecuencias. Así se enfrentó a su padre el joven, dando muestras de total determinación pero ése no resultó ser el mayor inconveniente para poder vivir su gran amor sino la espantosa confesión del marqués: ‘la cigarrera es mi hija, sois medio hermanos’. El imbatible amor de la pareja les llevó a solicitar, más bien implorar, al jefe de toda la iglesia el permiso para cumplir sus sueños y promesas, esperanzados con que les llegara la autorización, se casaron y tuvieron una niña, la más deseada, amada como ninguna otra. Pero el permiso fue denegado, terribles órdenes prohíben su nacimiento, pero la hija ya había nacido. Así, los jóvenes marqueses, a pesar del gran cariño que sentían por su hija, se ven obligados a ocultarla, ¡como si no hubiera nacido...!’ Entonces te quedaste callada, bajaste la cabeza y me pareció ver lágrimas en tus ojos pero al momento volviste a mirarme, abrazos, besos, cosquillas y el fin: “la niña se tiene que ir lejos pero sus papás un día irán a recogerla allá donde esté”. Buscaba ese final feliz pero nada de eso dicen estos papeles, tan solo puedo leer: “Bula Papal casti convivere”. No entiendo el significado y pienso ahora que a ti debía pasarte lo mismo, negabas con la cabeza, dabas vueltas a los papeles y decías “¡Demasiado tarde, demasiado tarde!” A mí también me parece un final feo y triste. Así no son los cuentos, ni terminan de esa manera. Quizás fuera

una casualidad pero desde ese día no abríamos los balcones de palacio y las cortinas permanecían echadas como si temiéramos un rayo fulminante.

—¡Mamá!

Abro las ventanas y te llamo desesperada. Tengo miedo a esta absoluta soledad, me aterra no encontrarte. Te necesito. Son muchos años de largas esperas, sueños malogrados. No acudes en mi busca, quizás te encuentras atrapada y necesitas rescate, no sé. Por eso, aunque el tiempo no me preocupa y te esperaré eternamente, sospecho que no vas a regresar nunca, que es inútil. Esta desesperanza me paraliza, con estos pensamientos se detiene el tiempo, el espacio, mi corazón, todo excepto mis ojos, buscadores infatigables de una señal: “Al miedo, con apoyos y de frente”. Tu recuerdo me inculca ardor.

He tomado la decisión: voy a salir fuera, a tu encuentro. Además, el palacio es una locura. Periodistas buscadores de fama y noticia han escrito una leyenda sobre los marqueses de Linares, fea, se parece al cuento que no nos gustaba. Buscan a una niña, la hija que escondieron por ilegítima, y la buscan aquí. Vienen muchas personas, se amontonan ruidosamente entre carteles de “visitas guiadas”, suben y bajan continuamente, entran en salones, habitaciones, miran todo. También vienen de noche y entonces es un escándalo de carreras, voces, empujones, chocan entre ellos alocadamente, tropezando con todos los muebles. No me gusta.

Doy un último paseo por todas las estancias, de una a otra. Sigo apreciando la belleza de nuestros adornos, tapices, cerámicas. La luz entra por las ventanas a través de los visillos invitando a cualquier escena imaginable, divertida, de las nuestras. Siento tu ausencia, una bruma densa que borra los colores y con ello su hermosura. Te necesito. No me puedo conformar.

Ya me voy, aún no sé si debo llevar algo. En realidad poco me importa.

No cerraré la puerta porque cuando esté saliendo, me giraré por última vez hacia el recibidor y volveré a escuchar mi grito desgarrador:

—¡Mamá!